
LA CINERARIA.

AMAMOS las flores porque recrean los sentidos, y nos recuerdan siempre objetos queridos; vemos en ellas tanta belleza, tanta frescura, que involuntariamente pensamos en la edad de la vida rica en ilusiones y esperanzas. En todas partes el aroma, los colores y las propiedades distintas de las flores se han tenido como emblemas expresivos de los sentimientos mas delicados, de las emociones mas puras del alma. ¿No simboliza en efecto la inocencia y la pureza virginal de la muger la blanca y olorosa azucena? ¿No es la simpática sensitiva la imágen mas bella del pudor y del amor mas casto y mas rico en sensibilidad y en ternura? El amor, los zelos, la tristeza, el placer, el deseo y los recuerdos mas bellos han sido expresados por medio de las flores. Lo fugaz de su existencia les da tanta semejanza con la vida del hombre, su hermosura de un dia ó de una hora se parece tanto á nuestras dichas, sus

amores llenos de misterio y de poesía tienen tanta relacion con los nuestros, y cuando se marchitan, cuando se deshojan y se secan representan tan bien nuestros dolores, que las flores han sido y serán siempre uno de los objetos mas interesantes en la naturaleza por las ideas que producen, por los sentimientos que reaniman, y por los recuerdos que reviven.

Las imaginaciones poéticas y ardorosas del Oriente han hallado en las flores un idioma entero, el lenguaje del amor con sus sentimientos mas tiernos, con la delicadeza de sus esperanzas, el fuego de sus dudas, y el sinsabor de sus temores. En todos los altares las ofrendas de la fé y de la desgracia han sido flores puras que ecshalan sus aromas en los templos, como los corazones prorumpen en gemidos y en sollozos. Y las tumbas tambien, esos sencillos monumentos que son todo lo que nos queda de los seres mas queridos, han sido ornadas de flores que simbolizan el dolor y la amargura. Ellas místicas, descoloridas y débiles valen una sentida elegía; son el tributo del pesar y de la orfandad. Entre esas flores de los sepulcros las mas bellas, las mas melancólicas, las mas propias para representar las lágrimas y la angustia en que nos deja la pérdida de un amigo, de un hermano, de una esposa, ó de una madre, son las *Cinerarias*.

La planta es modesta y pequeña, las hojas finas y menudas apenas se separan del tallo; nunca se levantan galanas ni orgullosas, sino que se inclinan lánguidas y tristes como el follage del saúz, y los colores de la flor son el azul pálido, el violado, á veces tan oscuro que parece negro. Las flores son tristes, no deslumbran la vista, ni embriagan con su aroma, pero conmueven el corazon, evocan los recuerdos fúne-

bres, y hacen á veces brotar una lágrima que mitigue el infortunio.

Parece que la tierra no vió con indiferencia el sufrimiento ni el llanto de la humanidad, y que brotó las Cinerarias fecundadas con las lágrimas de la orfandad y del amor desgraciado. ¡Pobres flores! No lucen en los jardines, ni se ostentan en jarrones de alabastro en los festines, ni son el obsequio del amante, ni coronan la frente del poeta; no, porque ellas recuerdan la adversidad y la muerte, pero crecen al compás de la voz funeraria de las campanas, y lucen su fúnebre hermosura al borde de las tumbas, al fulgor de las teas y de las lámparas que iluminan el panteón, y entónces las aman los desgraciados, porque parecen las compañeras del infortunio y del desamparo. La madre que llora al ángel que fué su hijo en la tierra, los huérfanos que atraviesan el mundo abandonados, contemplan con ternura la Cineraria, porque ella vela las tumbas mas queridas, porque besa triste y solitaria la losa del sepulcro, y porque parece en fin el pensamiento, el recuerdo que nos envían los que al dejarnos en la tierra volaron hasta el cielo.

No crece la Cineraria entre rosas, ni al pié de los naranjos, ni vuelan en su derredor las pintadas mariposas, ni cantan al mirarla las golondrinas, ni los cenzontles.... No, la pobre flor crece sola, aislada, y solo suele encontrar la sombra del follaje tristísimo de los sauces ó de los cipreses; en su seno no se posan colibrís ni mariposas, suele rodearla el vapor fosfórico de las exhalaciones de las tumbas, y el único canto que suena en su torno es el lamento siniestro y salvaje del buho.

¡Pobre flor! Es triste tu destino, como el de las almas que

rebotan ternura y sensibilidad, como esas almas que vienen al mundo á sufrir, y que apenas saben gozar un momento de los placeres. . . .

Las rosas, los jazmines, los mirtos y los lirios acompañan el amor y la dicha, la gloria y la felicidad; pero las cinerarias tienen la belleza de la melancolía y de la ternura, porque son las compañeras de los que lloran bienes perdidos para siempre, porque son las amigas del dolor y del aislamiento y se complacen en crecer al borde de las tumbas que guardan inanimados los tesoros que siempre lloramos en la tierra. ¡Que los que buscan placeres y gloria amen la rosa y el amaranto! Yo solo amo la flor de los sepulcros, la triste Cineraria.

¡Cuánta ternura, cuánta poesía hay en el cultivo de la Cineraria, cuyo riego son lágrimas y cuyo soplo son sollozos! La viuda, la huérfana, la madre desolada son las que cultivan la flor de la muerte. ¡Ay! es una bella esperanza creer que cuando dejemos de existir, haya una mano que arroje una Cineraria en nuestra tumba, unos ojos que húmedos de llanto se detengan á contemplar la pobre flor, pensando en nosotros. Tal vez entónces el espíritu desde su vida inmortal tendrá una lágrima de ternura que en alas de la noche se convierta en gota de rocío que fecundice la flor de los sepulcros.